

Y allí tu alma al de Fe amarrada
 A más rigor mayor firmeza tuvo,
 Gozóse el cielo; mas la tierra estuvo
 Casi viuda sin tí, y desamparada
 De nuestras musas la real morada,
 Tristeza, llanto, soledad mantuvo.
 Pero después que diste al patrio suelo
 Tu alma sana y tu garganta suelta,
 De entre las fuerzas bárbaras confusas,
 Descubre claro tu valor el cielo,
 Gózase el mundo en tu felice vuelta
 Y cobra España las perdidas musas (1).

Por dos pasajes de Lope de Vega, que siempre habló de Montalvo en términos del mayor encarecimiento, sabemos que este florido ingenio murió en Italia antes de 1599. En este año imprimió Lope su *Isidro*, con un prólogo en defensa del antiguo metro castellano, donde leemos estas palabras: «¿Qué cosa iguala a una redondilla de Garcí Sánchez ó de D. Diego de Mendoza? Perdónese el divino Garcilasso, que tanta ocasión dio para que se lamentase Castillejo, festivo e ingenioso poeta castellano, a quien parecía mucho *Luis Gálvez Montalvo*, con cuya muerte súbita se perdieron muchas floridas coplas de este género, particularmente la traducción de la *Jerusalem* de Torcuato Tasso, que parece que se había ido á Italia á escribirlas para meterles las higas en los ojos» (2).

Muchos años después, en *El Laurel de Apolo* (1630), hacia esta conmemoración de nuestro poeta:

Y que viva en el templo de la Fama,
 Aunque muerto en la puente de Sicilia,
 Aquél Pastor de Filida famoso,
 Gálvez Montalvo, a quien la envidia aclama
 Por uno de la délfica familia,
 Dignísimo del árbol victorioso,
 Mayormente cantando,
 En lágrimas deshechos
 «Ojos a gloria de mis ojos hechos».

Clemencín conjetura muy plausiblemente (3) que la muerte súbita de Gálvez Mon-

(1) Este soneto se publicó al frente de la primera edición de la *Galatea*.
 (2) En *La Viuda Valenciana*, del mismo Lope, comedia de fecha incierta, pero anterior seguramente a 1604, se halla el siguiente diálogo entre la heroína y un supuesto mercader de li os:

LEONARDA
 ¿Quién es éste?
 OTÓN
 Es *El Pastor*
 De *Filida*.

LEONARDA
 Ya lo sé.
 OTÓN
 Y Gálvez Montalvo fué
 Con grave ingenio su autor.
 Con hábito de *San Juan*
 Murió en la mar...

Es la única noticia que tenemos de que Montalvo hubiese sido caballero de la Orden de San Juan. Acaso su viaje a Italia fué para servir en las galeras de Malta.

(3) Comentario al *Quijote*, tomo I, p. 147.

talvo en la puente de Sicilia acaeció en una catástrofe del año 1591, de que nos da razón Fray Diego de Haedo en la dedicatoria de su *Topografía de Argel*: «Era virrey de Sicilia el señor don Diego Enríquez de Guzmán, conde de Alba de Liste, el cual, habiendo salido de Palermo a visitar aquel reino, a la vuelta, como venía en galeras, hizo la ciudad un puente desde tierra que se alargaba a la mar más de cien pies, para que allí abordase la popa de la galera donde venía el señor Virrey, y desembarcase; y como Palermo es la corte del Reino, acudió lo más granado a este recibimiento... y con la mucha gente que cargó, antes que abordase la galera dió el puente a la banda, de manera que cayeron en el mar más de quinientas personas... donde se anegaron más de treinta hombres». Uno de ellos pudo ser el poeta alcarreño.

De su ensayo de traducción de la *Jerusalem* del Tasso no queda otra memoria. Desacertada era la elección del metro, y sólo hubiera conducido a una especie de parodia, como la que hizo luego el Conde de la Roca en su *Fernando o Sevilla Restaurada*. El amor a los octosílabos nacionales cegó en esta ocasión a Gálvez Montalvo, pero no creo que le sucediese lo mismo al transformar las conceptuosas estancias de las *Lágrimas de San Pedro* del Tansillo en quintillas dobles castellanas, dándoles una ingenuidad de sentimiento que en su original no tienen, como probará este ejemplo:

Madres, que los muy queridos
 Hijos os vistes quitar,
 De vuestros pechos asidos.
 Como se suelen robar
 Los pájaros de los nidos,
 Y de la mano homicida
 Su pura sangre quedó
 Por los miembros esparcida,
 No lloréis su muerte, no,
 Dejadme llorar mi vida... (1)

Compuso también un *Libro de la Pasión*, del cual sólo tenemos noticia por este soneto de López Maldonado, inserto en su *Cancionero* (pág. 188):

Si como la largueza, sin medida,
 Te ha bañado la lengua en fuego ardiente
 Con su licor, para que tiernamente
 Puedas cantar su muerte y nuestra vida,
 Así tu alma, de su amor herida,
 Sabe buscar la saludable fuente,
 Que trayendo del cielo su corriente,
 Vuelve al lugar de donde fué salida,
 Y siguiendo tras ellas su camino
 Que guía a las regiones soberanas,
 Haces iguales una y otra suerte;
 Así como tu cántico divino
 No tiene que temer lenguas humanas,
 Tampoco el alma temerá la muerte.

(1) Se publicó esta versión en la *Primera parte del Tesoro de Divina Poesía*, donde se contienen varias obras de devoción de diversos autores, cuyos títulos se verán a la buelta de la hoja. Recopiladas por Estevan de Villalobos. En Toledo, en casa de Juan Rodríguez, impresor y mercader de libros. Año 1587. Págs. 125 y siguientes. Este libro fué reimpresso en Madrid por Luis Sánchez, 1604. *El Llanto de San Pedro* se encuentra también en el *Romancero y Cancionero Sagrados* de D. Justo Saacha (biblioteca de Rivadeneira), núm. 668.

Estas obras piadosas debieron de ser trabajo de sus últimos años, y acaso saludable consuelo en los desengaños de la señora Filida.

Por los trozos que van citados, habrá podido formarse idea de la culta y excelente prosa y de los fáciles y regalados versos de *El Pastor de Filida*, libro muy bien escrito, no sólo en el vulgar sentido de la abundancia y pureza de lengua, que conviene a todos los del siglo XVI, sino en el de cierta refinada cultura y propósito artístico, que ni entonces ni en tiempo alguno han sido patrimonio de todo el mundo. Como los demás autores de pastorales, Gálvez Montalvo aparece dominado por el prestigio de Sannazaro, a quien imita muy de cerca en los trozos descriptivos y de aparato, como la visita al mágico Erión, los juegos funerales en el aniversario de Elisa, las pinturas del templo de Pan y del templo de Diana, exornado el primero con la representación de los trabajos de Hércules y el segundo con la de las siete maravillas del mundo. Esta prosa es artificial, pero con artificio discreto, más sobria que la prosa de la *Galatea*, pero no menos compuesta y aliñada. El paisaje es convencional como en todos estos libros, y las riberas del Tajo pueden ser las de cualquier río, pero hay tal cual descripción que parece tomada del natural. Veamos una, que tiene la ventaja de presentar reunidos en pocas líneas los principales procedimientos del estilo de Montalvo, cuando quiere hacer más periódicas sus frases: «Yendo por el cerrado valle de los fresnos, hacia las fuentes del Obrego, como dos millas de allí acabado el valle, entre dos antiguos allozares, mana una fuente abundantísima, y a poco trecho se deja bajar por la aspereza de unos riscos, de caída extraña, donde, por tortuosas sendas, fácilmente puede irse tras el agua, la cual en el camino va cogiendo otras cuarenta fuentes perenales, que juntas, con extraño ruido, van por entre aquellas peñas quebrantándose, y llegando a topar el otro risco soberbias le pretenden contrastar, mas viéndose detenidas, llenas de blanca espuma, tuercen por aquella hondura cavernosa, como a buscar el centro de la tierra. A pocos pasos, en lo más estrecho, está una puente natural, por donde las aguas pasando, casi corridas de verse así oprimir, hacen doblado estruendo, y al fin de la puente hay una angosta senda, que dando vuelta a la parte del risco, en aquella soledad, descubre al mediodía un verde pradecillo, de muchas fuentes, pero de pocas plantas, y entre ellas, de viva piedra cavada, está la cueva del mago Erión, albergue ancho y obrado con suma curiosidad» (pág. 296).

Gálvez Montalvo no abusa del estilo periódico, que a la larga hubiera sido intolerable. Le alterna con cláusulas de moderada extensión, tan limpia y gallardamente construidas como ésta: «Traía (el pastor Livio) un sayo de diferentes colores gironado, mas todo era de pieles finísimas de bestias y reses, unas de menuda lana y otras de delicado pelo, por cuyas mangas abiertas y golpeadas salían los brazos cubiertos de blanco cendal, con zarafuelles del mismo lienzo, que hasta la rodilla le llegaban, donde se prendía la calza, de sutil estambre» (pág. 316).

Y acierta a veces a cerrar sus frases de un modo feliz por lo inesperado: «Es Andria de clara generación y caudalosos pastores, de hermosura sin igual, de habilidad rarísima, moza de diez y ocho años y de más ligero corazón que la hoja al viento» (pág. 130).

Entre otras curiosidades de vario género contiene *El Pastor de Filida* un *Canto de Erión* en octavas reales, donde están nominalmente celebradas todas las damas de la corte (comenzando por las princesas), a imitación de lo que había hecho Montemayor en el *Canto de Orfeo*; y una larga égloga representable, en cuyos primeros tercetos se describe la vida rústica con ciertos rasgos de poesía realista, bastante alejados de la manera cortesana que en el libro predomina. Pero generalmente en los versos endecasílabos

Gálvez Montalvo es desigual, áspero a veces y premioso (1), y no porque dejase de estar curtido en la técnica, puesto que ensayó todos los artificios rítmicos, sin olvidar por supuesto los consonantes interiores (2) y los esdrújulos (3), que parecían ya cosa obligada en toda imitación de Sannazaro.

Su verdadera superioridad está en los versos cortos, en las redondillas y en las glosas, en que aventajó a Montemayor y rivalizó con Gregorio Silvestre. La *Canción de Nerea* no entra en cuenta, como cosa divina. Y hay que dejar también aparte las obras de Castillejo, el primero de los poetas de esta escuela, no sólo por el donaire y la lozanía, sino por el jugo clásico de sus versos. Nunca los hizo mejores Gálvez Montalvo que cuando siguió más de cerca las huellas de tal maestro, a quien *mucho se parecía*, en opinión de Lope de Vega. Los cantares de Sivalvo y Alfeo, al fin de la tercera parte del *Pastor de Filida*, parecen y son un eco del canto ovidiaco de Polifemo, traído a nuestra lengua con tan ameno raudal de locución pintoresca por Cristóbal de Castillejo (4):

(1) Hay frecuentes excepciones, sin embargo, y algunas hemos visto. No lo es menos la siguiente octava, tan galana que no parecería mal en la *Fábula del Genil* de Pedro Espinosa:

La tierna planta que de flores llena, El bravo viento coge sin abrigo, Bate sus ramas, y en su seno suena, Llévala, y torna, y vuélvela consigo;	Siembra la flor, o al hiello la condena, Piérdese el fruto, triunfa el enemigo: Sin más reparo, y con mayor pujanza, Persigue mi deseo a mi esperanza.
---	---

(2) Los usa, por ejemplo, en la profecía de Sincero, compuesta en alabanza de su Mecenas (página 32):

Crece, gentil Infante, Enrique crece, Que Fortuna te ofrece tanta parte, No que pueda pagarte con sus dones,	Pero con ocasiones de tal suerte, Que el que quiera ofenderle, o lo intentare, Si a tu ojo apuntare, el suyo saque...
--	---

(3) Hay algún trozo breve en la égloga que contiene el altercado de Bato y Silvano (página 302):

Pastores, dos poetas celebérrimos,
No han de tratarse así, que es caso ilícito
Motejarse en lenguajes tan acérrimos...

(4) Esta imitación fué ya advertida por D. Adolfo de Castro (*Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, tomo I, p. 122), y en efecto, salta a la vista. El trozo de Castillejo comienza:

Hola, gentil Galatea, Más alba, linda, aguileña, Que la hoja del alheña, Que como nieve blanquea; Más florida Que el prado, verde y crecida Mucho más y bien dispuesta Que el olmo de la floresta De la más alta medida; Más fulgente	Que el vidrio resplandeciente, Más lozana que el cabrito Delicado, ternecito, Retozador, diligente; Más polida, Lampiña, limpia, bruñida Que conchas de la marina, Fregadas de la contina Marea, nunca rendida...
--	---

La contraposición viene después, pero aplicada también a Galatea:

Tú, la misma Galatea, Más feroz que los novillos No domados y bravillos, Que nunca vieron aldea Par a par; Muy más dura de domar Que la encina envejecida; Más falaz y retorcida Que las ondas de la mar... Desmedida;	Más aspera y desabrida Que los abrojos do quiera; Más cruel que la muy fiera Osa terrible parida; Más callada Y sorda siendo llamada, Que este mar de soledad; Muy más falta de piedad Que la serpiente picada de accidente...
---	---

Gálvez Montalvo desdobló el canto del cíclope, para repartirle entre los dos pastores de su égloga *amebea*.

SIRALVO

¡Oh! más hermosa a mis ojos
Que el florido mes de abril;
Más agradable y gentil
Que la rosa en los abrojos;
Más lozana
Que parra fértil temprana;
Más clara y resplandeciente
Que al parecer del Oriente
La mañana.

ALFEO

¡Oh! más contraria a mi vida
Que el pedrisco a las espigas;
Más que las viejas ortigas
Intratable y desabrida;
Más pujante
Que herida penetrante;
Más soberbia que el pavón;
Más dura de corazón
Que el diamante.

SIRALVO

Más dulce y apetitosa
Que la manzana primera;
Más graciosa y placentera
Que la fuente bulliciosa;
Más serena
Que la luna clara y llena,
Más blanca y más colorada
Que clavellina esmaltada
De azucena.

ALFEO

Más fuerte que envejecida
Montaña al mar contrapuesta;
Más fiera que en la floresta
Y en razón y ley no siento
Quien tenga merecimiento
De tu pena.

ALFEO

Andria, contra mí se esmalta
Cuanta virtud hay en ti,

¡Lástima que esta dicción poética tan deliciosa y llana no sea la habitual en Montalvo! Casi todas sus coplas, excelentes por la factura, pecan más o menos de conceptismo. Su ingenio era *naturalmente conceptuoso*, si vale la expresión; es decir, refinado y sutil, galante y amanerado. La vida de palacio acabaría de desarrollar en él esta propensión, no contrariada por severos estudios clásicos, pues no parece haberlos tenido. A lo menos, son raras en él las imitaciones de los poetas antiguos, excepto algunas de Virgilio, que he notado principalmente en la égloga de Silvano y Batto (1). No quiso agradar a

(1)

Sentémonos ahora, en la verdura;
Cantad ahora, que se va colmando

La brava osa herida;
Más exenta
Que fortuna; más violenta
Que rayo del cielo airado;
Más sorda que el mar turbado
Con tormenta.

SIRALVO

Más alegre sobre grave
Que sol tras la tempestad,
Y de mayor suavidad
Que el viento fresco y suave;
Más que goma,
Tierna y blanca, cuando asoma;
Más vigilante y artera
Que la grulla, y más sincera
Que paloma.

ALFEO

Más fugaz que la corriente
Entre la menuda hierba;
Y más veloz que la cierva
Que los cazadores siente;
Más helada
Que la nieve soterrada
En los senos de la tierra;
Más áspera que la sierra
No labrada.

SIRALVO

Filida, tu gran beldad,
Porque agraviada no quede,
Ser comparada no puede,
Sino sola a tu beldad;
Ser tan buena,
Por ley y razón se ordena.
Donde sólo para mí
Lo que sobra es lo que falta,
Y porfías:
Si te sigo, te desvías;
Persígueme, si me guardo,
Y cuando yo más me ardo,
Más te enfías.

los doctos, sino a las damas, que no podían menos de mostrarse agradecidas a tan gentiles requiebros:

Vuestras mejillas sembradas
De las insignias del día,
Florestas son de alegría
De la eterna trasladadas,
Donde no por las heladas,
No por las muchas calores,
Faltan de continuo flores
Divinamente mezcladas...

En mi pensamiento crecen
Mis esperanzas y viven,
En el alma se conciben
Y en ella misma fenecen...
En noble parte nacidas,
En noble parte criadas,
Nobles van, aunque perdidas,

Noblemente comenzadas
Y en nobleza concluidas;
Al pensamiento obedecen,
Y en su prisión resplandecen,
Y su natural guardaron,
Que en el alma comenzaron
Y en ella misma fenecen...

Sólo aquel proverbio quiero
Por consuelo en mi quebranto,
Pues en tan continuo llanto
Le hallo tan verdadero:
Las abejuelas, de flor
Jamás tuvieron hartura,
Ni el ganado de verdura,
Ni de lágrimas amor...

No es Gálvez Montalvo poeta natural, sino candorosamente afectado, pero aun en la afectación misma conserva un buen gusto, o si se quiere un buen tono, digno de la grande época en que floreció, y que llegó a ser muy raro en los conceptistas del siglo xvii, a medida que la decadencia literaria avanzaba. Hay exceso de agudeza en los versos del *Pastor de Filida*, pero gracias a ella se realza el argumento, tan insípido de suyo.

Por su primorosa habilidad en los versos de arte menor fué principalmente celebrado Gálvez Montalvo en su tiempo. Por ellos principalmente le alaba Lope de Vega en el *Laurel de Apolo*:

Las coplas castellanas...
Son de naturaleza tan suave,
Que exceden en dulzura al verso grave;
En quien, con descansado entendimiento,
Se goza el pensamiento,
Y llegan al oído
Juntos los consonantes y el sentido,
Haciendo en su elección claros efectos,
Sin que se dificulten los concetos:
Así Montemayor las escribía,
Así Gálvez Montalvo dulcemente,
Así Liñán.

De flor el prado, el soto de frescura.
Ahora están los árboles mostrando,
Como de nuevo, un año fertilísimo,
Los ganados y gentes alegrando.
Ahora viene el ancho río purísimo,
No le turban las nieves, que el lozano
Salce se ve, en su seno profundísimo...

(Pág. 305).

*Dicite: quandoquidem in molli consedimus herba;
Et nunc omnis ager, nunc omnis parturit arbor,
Nunc frondent silva, nunc formosissimus annus.*

(Egl. III, v. 54-56).

No era Gálvez Montalvo exclusivo en sus preferencias como Castillejo. Promiscuaba como Gregorio Silvestre, y hemos visto que compuso muchos versos al modo italiano. Pero en la teoría era más resuelto que en la práctica, según parece por las digresiones críticas sembradas en el *Pastor de Filida*: «¿qué poesía o ficción puede llegar a una copla de la *Propaladia*, de *Alecio y Fileno*, de las *Audiencias de Amor*, del brevecillo *Inventario*, que todos son verdaderamente ingenios de mucha estima y los demás, ni ellos se entienden ni quién se la da?» (p. 154).

Además de estos elogios a Torres Naharro, a Castillejos a Silvestre y a Antonio de Villegas, seguidos de una honorífica alusión al cordobés Juan Rufo y al jurado de Toledo Juan de Quirós (1), se introduce en el sexto libro o parte de la novela una discusión en verso y prosa entre dos poetas representantes de las dos escuelas. Silvano, es decir, Gregorio Silvestre, el organista de Granada, «el que tuvo en Ilberia el imperio del apacible verso castellano», como dice Luis Barahona de Soto, es el que hace la apología del metro popular, y nadie más abonado para tal defensa. Su antagonista es un pedante llamado Batto, que entre otros cargos, dice a Silvestre:

Y no hurtais, Silvano, del Latino,
Del Griego, del Francés o del Romano.

No me atrevo a determinar quién sea este poeta italianizado: acaso Jerónimo de Lomas Cantoral, el que con más desdén habló de todos los versos que antes de él se habían compuesto en España, excepto los de Garcilaso (2). La sentencia arbitral de Siralvo deja iguales a los dos contendientes, sin duda por cortesía; pero no era este el final pensamiento del autor, puesto que la disputa prosigue, aunque menos encarnizada, «recitando versos propios y ajenos, Batto loando el italiano, Silvano el español, y cuando Batto decía un soneto lleno de Musas, Silvano una glosa llena de amores; y no quitándole su virtud al endecasílabo, todos allí se inclinaron al castellano, porque puesto caso que la autoridad de un soneto es grande y digna de toda la estimación que le puede dar el más apasionado, el artificio y gracia de una copla, hecha de igual ingenio, los mismos toscanos la alaban sumamente, y no se entienda que les falta gravedad a nuestras rimas, si la tiene el que las hace, porque siempre, o por la mayor parte, las coplas se parecen a su dueño. Y allí dijo Mendino algunas de su quinto abuelo, el gran pastor de Santillana, que pudieran frisar con las de Titiro y Sincero. ¿Y quién duda (dijo Siralvo) que lo uno o lo otro pueda ser malo o bueno? Yo sé decir que igualmente me tienen inclinado; pero conozco que a nuestra lengua le está mejor el propio, allende de que las leyes del ageno

(1) «Y los dos de un nombre, el cordobés y el toledano». El canónigo Mayans acertó en cuanto a Juan de Quirós, autor de la comedia, todavía inédita, *La toledana discreta*, pero se equivocó en cuanto al cordobés, creyendo que era Juan de Mena. Todos los poetas citados por Gálvez Montalvo en este pasaje son del siglo XVI. A D. Diego de Mendoza alude también sin nombrarle: «y el claro espejo de la poesía que cantó:

Tiempo turbado, y perdido...».

(2) «¿Quién hay en nuestros españoles que con verdadera imitación suya haya seguido las pisadas de aquellos primeros y divinos poetas? Cierito que si decimos verdad pocos o ninguno. Dejo aparte al ilustre Garcilaso de la Vega, que movido de los italianos y siguiendo su término con mejor alabanza que otro alguno, en la parte que imita a los latinos, fué excelente y divino. Y callo también los que esconden sus virtudes del vulgo profano e ignorante... Quien lea los italianos, podrá bien admirarse desto que digo... y quien leyere los franceses no los verá tan ajenos de las Musas como a los españoles».

(Las obras de Hierónimo de Lomas Cantoral, en tres libros divididas... En Madrid, en casa de Pierres Cosin. Año 1578).

las veo muy mal guardadas: cuando suena el agudo, que atormenta como instrumento destemplado; cuando se reiteran los consonantes, que es como dar octavas en las músicas; la ortografía, el remate de las canciones, pocos son los que lo guardan. ¿Pues un soneto, que entra en mil epítetos, y sale sin conceto ninguno; y tiénese por esencia que sea escuro, y toque fábula, y andarse ha un poeta desvanecido para hurtar un amanecimiento o traspuesta del sol del latino o del griego; que aunque el imitar es bueno, el hurtar nadie lo apruebe, que en fin cuesta poco? ¿Pues qué, tras un vocablo exquisito o nuevo? Al gusto de decirle, le encajarán donde nunca venga, y de aquí viene que muchos buenos modos de decir, por tiempo se dejan de los discretos, estragados de los necios, hasta desterrallos, con enfado de su prolija repetición. Hora yo quiero deciros un soneto mio, a proposito de que he de seguir siempre la llaneza, que aunque alguna vez me salgo della, por cumplir con todos, no me descuido mucho fuera de mi estilo».

El soneto vale poco; sólo merecen citarse los tercetos:

Si Domenga me miente o me desmiente,
¿Qué me harán los faunos y silvanos,
O el curso del arroyo cristalino?
Todos son nombres flacos y livianos;
Que a juicio de sabia y cuerda gente,
Lo fino es «pan por pan, vino por vino».

«A todos agradó el soneto de Siralvo, pero Batto, que era de contraria opinión, dijo otros suyos, haciéndose en alguno *Roca contrapuesta al mar*, y en alguno *Nave combalida de sus bravas ondas*, y aun en alguno *vencedor de leones y pastor de innumerables ganados*. En estas impertinencias se pasó la mayor parte de la noche, y cayendo el sueño, Batto y Siralvo cortésmente se despidieron».

Esta curiosa página de crítica literaria acrecienta el interés del *Pastor de Filida*, en el cual me he detenido tanto porque creo que su mérito excede a la reputación que tiene. Un hombre de ingenio saca partido hasta del género más falso, y este fué el caso de Gil Polo, de Gálvez Montalvo, de Bernardo de Balbuena, cuyos libros merecen vivir, no por ser de pastores; sino a pesar de serlo.

No fueron éstas todas las novelas bucólicas publicadas antes de la aparición del *Quijote*, pero sí todas las que precedieron a la *Galatea*, límite que debemos poner en el presente estudio, reservando para la continuación de él las que con estéril abundancia siguieron escribiéndose durante más de un tercio de siglo, no sin que tuvieran en tiempos muy posteriores alguna imitación rezagada. Tal persistencia en el cultivo de una forma novelística que es la insulsez misma no debe admirarnos, porque la mayor parte de esas llamadas novelas son realmente centones de versos líricos, buenos o malos, y bajo tal aspecto deben ser juzgadas. La fábula era lo de menos, tanto para el autor como para los lectores, a no ser que encerrasen alusiones contemporáneas o confesiones autobiográficas, caso también frecuente en esta clase de obras, que apenas podían tener otro interés, fuera de las galas del lenguaje.

Cervantes, que con la cándida modestia propia del genio siguió todos los rumbos de la literatura de su tiempo, antes y después de haber encontrado el suyo sin buscarle, cultivó la novela pastoril, como cultivó la novela sentimental, y la novela bizantina de peregrinaciones, naufragios y reconocimientos. Obras de buena fe todas en que su ingénilo realismo lucha con el prestigio de la tradición literaria, sin conseguir romper el círculo de hierro que le aprisiona. No sólo compuso *Galatea* en sus años juveniles, sino que toda la vida estuvo prometiendo su continuación y todavía se acordaba de ella en su

lecho de muerte. Aun en el mismo *Quijote* hay episodios enteramente bucólicos, como el de Marcela y Crisóstomo. No era todo tributo pagado al gusto reinante. La psicología del artista es muy compleja, y no hay fórmula que nos dé íntegro su secreto. Yo creo que algo faltaría en la apreciación de la obra de Cervantes si no reconociésemos que en su espíritu alentaba una inspiración romántica nunca satisfecha, que después de haberse derramado con heroico empuje por el campo de la acción, se convirtió en actividad estética, en energía creadora, y buscó en el mundo de los idilios y de los viajes fantásticos lo que no encontraba en la realidad, escudriñada por él con tan penetrantes ojos. Tal sentido tiene a mi ver el bucolismo suyo, como el de otros grandes ingenios del Renacimiento.

La posición de Cervantes respecto de la novela pastoril es punto por punto la misma en que aparece respecto de los libros de caballerías. En el fondo los ama, aunque le parezcan inferiores al ideal que los engendró, y por lo mismo tampoco le satisfacen las pastorales comenzando por la de Montemayor y terminando por la suya. Si salva a Gil Polo y a Gálvez Montalvo es sin duda por méritos poéticos. Nadie ha visto con tan serena crítica como Cervantes los vicios radicales de estas églogas, nadie los satirizó con tan picante donaire. Juntos estaban los libros de caballerías y los pastoriles en la biblioteca de D. Quijote, y cuando se inclina el cura a mayor indulgencia con ellos por ser «libros de entretenimiento sin perjuicio de tercero», replica agudamente la sobrina: Ay señor, bien los puede vuestra merced mandar quemar como a los demás; porque no sería mucho que habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo éstos se le antoje de hacerse pastor y andarse por bosques y prados cantando y tañendo, y lo que sería peor, hacerse poeta, que según dicen es enfermedad incurable y pegadiza».

Esta profecía se cumple puntualmente en la segunda parte, y la evolución de la locura del héroe comienza a prepararse desde su encuentro con las hermosas doncellas y nobles mancebos que habían formado una nueva y contrahecha Arcadia vistiéndose de zagalas y pastores para representar una égloga de Garcilaso y otra de Camoens en su propia lengua portuguesa (cap. 58). Aquel germen, depositado en la mente del caballero y avivado por el recuerdo de sus lecturas antiguas, fructifica después de su vencimiento en la playa de Barcelona, y le inspira la resolución de hacerse pastor y seguir la vida del campo durante el año en que había prometido tener ociosas las armas. Las elegantísimas razones con que anuncia a Sancho su resolución son ya una donosa parodia del estilo cadencioso y redundante de estos libros. «Yo compraré algunas ovejas, y todas las demás cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamándome yo el pastor Quijotiz y tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, oya de los limpios arroyuelos o de los caudalosos ríos. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, a pesar de la escuridad de la noche; Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no sólo en los presentes sino en los venideros siglos».

Todo el mundo recuerda lo que de esta poética ocurrencia de D. Quijote dijeron Sancho y el cura y Sansón Carrasco, última nota irónica que suena en el gran libro antes de la nota trágica y sublime de la muerte del héroe. Pero no puedo omitir, como obligado remate de este capítulo, la crítica mucho más punzante y desapiadada que de aquél falso deal poético hizo Cervantes por boca de Berganza, uno de los dos sabios canes del hos-

pital de la Resurrección de Valladolid, el cual, conociendo por propia y dura experiencia la vida de perro de pastor, hallaba gran distancia de la realidad a la ficción: «Entre otras cosas, consideraba que no debía de ser verdad lo que había oído contar de la vida de los pastores, a lo menos de aquellos que la dama de mi amo leía en unos libros, cuando yo iba a su casa, que todos trataban de pastores y pastoras, diciendo que se les pasaba toda la vida cantando y tañendo con gaitas, zampoñas, rabeles y churumbelas y con otros instrumentos extraordinarios. Deteníame a oirla leer, y leía como el pastor de Anfriso (1) cantaba extremada y divinamente, alabando a la sin par Belisarda, sin haber en todos los montes de Arcadia árbol en cuyo tronco no se hubiese sentado a cantar, desde que salía el sol en brazos del Aurora hasta que se ponía en los de Tetis, y aun después de haber tendido la negra noche por la faz de la tierra sus negras y escuras alas, él no cesaba de sus bien cantadas y mejor lloradas quejas. No se le quedaba entre renglones el pastor Elicio (2), más enamorado que atrevido, de quien decía que, sin atender a sus amores ni a su ganado, se entraba en los cuidados ajenos. Decía también que el gran pastor de Filida, único pintor de un retrato (3), había sido más confiado que dichoso. De los desmayos de Sireno y arrepentimientos de Diana decía que daba gracias a Dios y a la sabia Felicia, que con su agua encantada deshizo aquella máquina de enredos y aclaró aquel laberinto de dificultades (4). Acordábame de otros muchos libros que de este jaez le había oído leer, pero no eran dignos de traerlos a la memoria... Digo que todos los pensamientos que he dicho, y mucho más, me causaron ver los diferentes tratos y ejercicios que mis pastores y todos los demás de aquella marina tenían de aquellos que había oído leer que tenían los pastores de los libros, porque si los míos cantaban, no eran canciones acordadas y bien compuestas, sino un «Cata el lobo do va Juanica» y otras cosas semejantes, y esto no al son de churumbelas, rabeles o gaitas, sino al que hacía el dar un cayado con otro, o al de algunas tejuelas puestas entre los dedos, y no con voces delicadas, sonoras y admirables, sino con voces roncadas, que solas o juntas parecía, no que cantaban, sino que gritaban o gruñían. Lo más del día se les pasaba espulgándose o remendando sus albarcas, ni entre ellos se nombraban Amarillis, Filidas, Galateas y Dianas, ni había Lisardos, Lauros, Jacintos ni Riselos; todos eran Antonos, Domingos, Pablos o Llorentes, por donde vine a entender lo que pienso que deben de creer todos, que todos aquellos libros son cosas soñadas y bien escritas, para entretenimiento de los ociosos, y no verdad alguna; que a serlo, entre mis pastores hubiera alguna reliquia de aquella felicísima vida, y de aquellos amenos prados, espaciosas selvas, sagrados montes, hermosos jardines, arroyos claros y cristalinas fuentes; y de aquellos tan honestos cuanto bien declarados requiebros, y de aquel desmayarse aquí el pastor, allí la pastora; acullá resonar la zampoña del uno, acá el caramillo del otro».

- (1) Héroe de la *Arcadia* de Lope de Vega.
- (2) Héroe de la *Galatea* de Cervantes.
- (3) Gálvez Montalvo.
- (4) Alusión a la *Diana* de Montemayor.